

CAPITULO IX

INTRANQUILIDAD QUE PRECEDIÓ A LA REVOLUCIÓN
(1764 á 1774)

Nuevo capítulo en la historia de América.—El sistema colonial amenazado de un completo aniquilamiento.—Teoría europea de la colonización.—Actitud de las colonias para con la madre patria sobre cuestiones de defensa.—Veredicto de la historia sobre la rebelión de las colonias.—Operaciones de los ingleses.—Situación de las colonias comparada con la de la Unión de los Estados federados.—Clases y partidos.—Promovedores de la revolución en New-York.—Acta del timbre.—Los hijos de la Libertad.—Motines con motivo del acta del timbre.—Acta relativa á las boletas de alojamiento.—Los motines de los árboles de la libertad.—El acta sobre el te y sus resultados.

A raíz de la larga serie de guerras con Francia, que habían concluido por la conquista del Canadá, abriase una nueva etapa en la historia de América.

Hasta entonces sólo existían querellas entre potencias europeas para posesionarse de las diversas colonias, y éstas, con sus tendencias é intereses, no ocupaban sino un lugar secundario. Pero á partir de esta época, las colonias americanas convirtiéronse en los factores principales que vienen á resolver el problema de su porvenir, y las cuestiones políticas se subordinaron al resultado del debate entre ellas y la madre patria.

El sistema colonial, practicado en esta época por to-

das las potencias marítimas de Europa, tenía un defecto radical, y no podía servir el día en que las colonias fuesen tomadas por la fuerza.

En este tramamiento injusto con respecto á las colonias, Inglaterra no era una excepción. Lejos de esto, era tan tolerante para con ellas como las demás potencias para con las suyas.

Si hubiera sido de otro modo, la rebelión contra su gobierno se hubiera provocado mucho antes, porque ninguna otra nación tenía al otro lado de los mares una raza de hombres tan libres como la que se multiplicaba sobre la costa americana del norte del Atlántico. Traía su origen de un pueblo habituado á gozar de amplia libertad, y el medio que le cercaba en su nuevo recinto tendía á mantener el espíritu de independencia é iniciativa. Jamás se hubiese podido tolerar un solo día un despotismo análogo al de Francia ó España.

Era fatal que se viese obligada á librarse de igual modo del más ligero yugo de Inglaterra, si no adoptaba para las colonias una línea de conducta que no era entonces comprendida de nadie, ni siquiera por los espíritus más previsores y elevados. Y de igual suerte, no es creíble que los colonos, divididos por sus fronteras provinciales en diversas fracciones, estuvieran en estado de apreciar y de aprovecharse de tal sistema, aun cuando la madre patria lo hubiese adoptado.

Según la teoría europea, establecía una colonia el gobierno central, para ventaja de este gobierno central de sus súbditos, y en modo alguno para provecho de los mismos colonos. No había nadie entonces que concibiese la grandeza de movimiento merced al cual una raza inglesa se extendía sobre la vasta superficie

del globo, hasta el punto de cubrir la cuarta parte, y de convertirse en la raza más poderosa que alumbró el sol.

Los hombres que estaban en el poder no soñaban con la expansión de un gran pueblo, que se desarrollaría por una serie de saltos. No pensaban sino en establecer factorías comerciales. No concebían el hecho elemental de que cuando una raza extiende sus dominios por la colonización y la conquista, tienen derecho á los mismos privilegios que los que permanecen en el país natal, debiéndoseles otorgar una parte igual á la de estos últimos en el gobierno común.

La colonia era considerada como una propiedad de la madre patria, propiedad que era preciso proteger y tratar bien, pero que, al fin y al cabo, no era más que una propiedad. Como era natural, el colono se suponía que ocupaba una situación análoga á la del ciudadano de la madre patria. El inglés se consideraba como un señor, un superior del americano, y por lo mismo, se esforzaba en gobernar sabiamente, acompañándole las mejores intenciones con respecto á los colonos; estaba acordado que considerara á éstos como á sus inferiores, y que su sistema de gobierno le daba formalmente derecho á este puesto.

La sola existencia de este hecho y su íntima dependencia del sistema político, daban á un pueblo, lleno de justa arrogancia, derecho á rebelarse contra él.

Por cierto, que los colonos cometían, por su parte, actos vituperables. Rara vez hacían un verdadero esfuerzo por salir del apuro, cuando podían persuadir á Inglaterra para que hiciese este esfuerzo en su lugar. Sabían que peleando á su favor, ella lucharía en su propio interés, y ellos se apresuraban á soportar, en lo posible, toda la carga de su defensa.

Los ejércitos coloniales llevaban á cabo, entre tanto, muchas hazañas guerreras, y cuando había que hacer una corta campaña, las colonias estaban siempre dispuestas á proporcionar millares de soldados fuertes y bravos, si bien poco disciplinados. Pero éstos odiaban la carta de pago; temblaban ante la necesidad de hacer un esfuerzo algo sostenido y adoptar un sistema de prórroga. Hacían frente á toda violencia y eran frecuentes las algaradas entre ellos. Su mezquindad, su codicia y su rivalidad mutua, dieron por resultado, á pesar de ciertas hazañas heroicas, ponerlos en desagradable situación en sus luchas con Francia. Robaban y explotaban á las tropas enviadas para defenderlos, y era difícil obtener de sus asambleas la votación del presupuesto de fondos suficiente para organizar la guerra con el vigor necesario.

New-York tenía un gran interés en ver el Canadá respetado y las intrigas de los franceses con los indios definitivamente anuladas, y de aquí que la asamblea de New-York insistiese para que todos los gastos que ocasionaba la conquista del Canadá se cargasen á la madre patria.

La Nueva Inglaterra permanecía impasible cuando los franceses se contentaban con avanzar hasta New-York, y ésta vendía armas á los salvajes que atacaban á Nueva Inglaterra.

Todas las provincias dependían de la flota inglesa para la protección de sus costas, desprovistas de toda defensa y para el fomento de su extenso comercio, pero como, por otra parte, comprendían que sus costas y su comercio estaban amenazados por enemigos ingleses y no americanos, se mostraban rehacios en pagar su cuota para la manutención de la marina, por la cual estaban defendidos.

Por otra parte, conviene decir que los ciudadanos estaban más dispuestos á pagar con su persona que con su bolsa, y que, aun cuando no contribuyeron nunca á los gastos que ocasionaban las flotas inglesas, suministraron cerca de veinte mil marinos que formaban la tripulación.

Pero después de haber admitido todo lo que puede decirse contra ellos, subsiste un hecho, que por nadie ha sido mejor reconocido que por los historiadores ingleses, á saber: que en el punto esencial que se discutía, las provincias rebeldes tenían razón. Eran bien tratadas bajo muchos aspectos, pero jamás fueron tratadas como iguales, y á veces se las trató con notoria injusticia.

Lo que era necesario, lo que ellas deseaban, era la justicia, pero no una mezcolanza de favores y persecuciones.

Había en Inglaterra un gran número de hombres políticos que se esforzaban en obrar con justicia respecto á las colonias, pero había muchos que miraban semejante dependencia únicamente desde el punto de vista del interés británico.

Cuando la alternativa de las luchas entre las facciones y los partidos ponía en las manos de estos últimos las riendas del gobierno, irritaban de tal manera á los americanos, que ni la vuelta al poder de los amigos de la causa americana podía apaciguar esta irritación.

Había hombres de Estado de alta categoría, de gran influencia, que no ocultaban su deseo de impedir el desarrollo de las colonias; que deseaban detener á los colonos en su expansión hacia el Oeste y conservar la parte del continente situada al otro lado de los montes *Alleghanys*, como terrenos de caza, donde los

salvajes podían acopiar pieles para los negociantes ingleses; que prohibían á los americanos construir fábricas, y que se esforzaban en mantener las ciudades de la costa en situación de puertos comerciales por interés exclusivo de los negociantes británicos.

La existencia de tales hombres de Estado, la probabilidad de su vuelta periódica al poder prohibía á los americanos todo sentimiento de fidelidad hacia el gobierno central.

Difícil es en la actualidad formarse una idea exacta del cambio radical que se ha verificado en la manera de concebir la colonización y las posesiones coloniales, y este cambio es debido á la revolución que hemos hecho y á las luchas que ésta trajo consigo. Gracias al éxito de los Estados Unidos, la Australia y el Canadá de nuestros días disfrutan de una independencia real en lo que concierne á sus negocios interiores y á sus relaciones con los demás países en tiempo de paz.

El más furibundo de los reaccionarios de la Gran Bretaña no pensaba, ni en sueños, en exigir á los australianos ó á los canadienses la sumisión á los reglamentos que antes de la revolución el patriota más convencido nunca habría pensado discutir.

Efectivamente, estaban tan acostumbrados al yugo, que, resistiéndose bajo su peso, no tenían sino una vaga sensación de molestia, y no sabían fijamente en qué parte se les hería. Sometíanse tranquilamente á ciertas formas de opresión, que, en realidad, no eran sino pesadas cargas indirectas en provecho de los negociantes y de los industriales ingleses; se rebelaban contra un mezquino impuesto directo alegando que no debían pagar más impuestos que los establecidos, y, al mismo tiempo, hacían melindres para pagar su

parte en ciertos gastos perfectamente legítimos que había hecho en su favor la madre patria.

La verdad es que se rebelaban contra todo sistema en que presintieran vagamente la injusticia, sin poder dar razones precisas del sentimiento que experimentaban.

Los hechos particulares de opresión, de que se dolían, fueron las causas principales de la ruptura.

Los motivos de descontento habían existido durante muchos años y se habían agrandado siguiendo paso á paso el desarrollo de las colonias. Las guerras con Francia y España habíanles tenido á raya, habían desaparecido todas las cuestiones ante la gravedad de la lucha con el enemigo común; pero desde que el Canadá fué conquistado, desde que cesó la presión exterior, las relaciones entre la madre patria y las colonias alcanzaron una importancia capital y no tardaron en producirse síntomas que anunciaban una ruptura inminente.

En realidad, esta ruptura era tan beneficiosa como necesaria, admitiendo siempre que la alternativa se redujese á continuar con la antigua política colonial.

Si el rey y el parlamento de Inglaterra se hubieran dejado guiar por el hombre de Estado más perspicaz, si se hubiera evitado todo lo que produjese encono, si se hubiera aumentado constantemente la dosis de libertad y de participación en el gobierno otorgada á los colonos, se hubiera podido conseguir que el imperio conservase su integridad. La revolución de América no era, de ningún modo, uno de esos acontecimientos históricos inevitables y preestablecidos que nada pudo detener. Una sabia conducta política y un esfuerzo de voluntad proporcionado por parte del pueblo inglés, hubieran impedido que este acontecimiento se produjese.

Pero en aquellas circunstancias especiales fué un beneficio.

Si los dos partidos hubieran aceptado la teoría de la soberanía de la madre patria, eso hubiera bastado para rebajar el desarrollo intelectual y moral de las colonias.

El carácter del espíritu colonial es de lo más fastidioso que se puede concebir. La gran deferencia para con todo lo que se relaciona con la madre patria, bueno ó malo, sin otro motivo que el ser originario de la madre patria, es incompatible con un desarrollo libre y sano.

Jamás colono alguno hará nada original mientras tenga presente en la memoria la tierra natal. Basta que piense en ella para que le sea imposible elevarse á primera línea como americano, como canadiense, como australiano, según el caso, y aun entonces no pasará de ser un inglés de segundo orden.

Cuando los hombres que quedan en el país y aquellos que van á establecerse en nuevos países pueden continuar formando parte de la misma nación, sobre una base de perfecta igualdad, la situación ha obtenido el mejor resultado posible, y la tarea más noble de un hombre de Estado es trabajar á favor de una solución de este género. Pero si uno de los partidos interesados ha de permanecer subordinado al otro, preferible es, en definitiva, que se separen, por grandes que sean los males de la separación.

Esta es una ventaja inapreciable para el Oregón y el Texas, no menos que para New-York y Virginia, que forman parte de una potente unión federal, pero es debido á que los ciudadanos de estos cuatro Estados están todos al mismo nivel. Si se les negase á Texas y á Oregón la plenitud de los derechos que po-